

Walther L. Bernecker

Luis Araquistáin y la crisis de la República de Weimar

A lo largo del siglo XX, el hispanismo alemán se ha definido primordialmente como filología y lingüística. En comparación con el sector filológico-lingüístico, los estudios históricos sobre España son mucho más reducidos, concentrándose, además, en determinadas fases de la historia y acentuando los aspectos diplomático-políticos, económicos y militares. Lo que se ha descuidado por mucho tiempo, han sido estudios culturalistas – un aspecto éste que se está intensificando últimamente.¹ La fase quizá mejor estudiada de las relaciones germano-españolas es la de la Guerra Civil Española. Un aluvión de bibliografía ha analizado casi todos los aspectos, tanto militares como diplomáticos, económicos y culturales.² En comparación con esta época, los años de la República de Weimar han recibido un trato mucho menos intenso, y también las monografías sobre los años de paz de la Segunda República Española tratan las relaciones bilaterales de esta fase como una «prehistoria» de la Guerra Civil.

¹ Como botón de muestra, se pueden mencionar los libros de Albes, Jens (1996): *Worte wie Waffen: Die deutsche Propaganda in Spanien während des Ersten Weltkrieges*, Essen, quien investiga la propaganda y la opinión pública como factores de la política exterior alemana frente a España; y de Pöppinghaus, Ernst-Wolfgang (1999): «*Moralische Eroberungen*»? *Kultur und Politik in den deutsch-spanischen Beziehungen der Jahre 1919 bis 1933*, Frankfurt am Main, quien analiza cultura y política en las relaciones germano-españolas entre 1919 y 1933, planteándose la pregunta si se trataba de «conquistas morales».

² Como orientación bibliográfica, véase Bernecker, Walther L. (1996): *Guerra en España 1936 - 1939*. Madrid; idem (1988): «La historiografía alemana sobre la Guerra Civil Española», en: Aróstegui, Julio (ed.): *Historia y memoria de la Guerra Civil. Encuentro en Castilla y León. Estudios y ensayos*, tomo 1, Valladolid, pp. 31-55; idem (1998): «La historiografía alemana sobre la Guerra Civil y el franquismo», en: Saz, Ismael (ed.): *España: La mirada del otro*. Madrid (= AYER No. 31, 1998), pp. 237-265.

En lo que sigue, se analizará la postura de Luis Araquistáin, embajador de la República Española en Berlín entre marzo de 1932 y mayo de 1933, frente al movimiento nacionalsocialista y la toma de poder por Hitler. La importancia del análisis de Araquistáin reside, por un lado, en el nivel intelectual del embajador, y por otro, en las «lecciones» que el socialismo español ha sacado de la experiencia alemana.

La fase final de la República de Weimar

El giro económico (y político) anunciado en Alemania y España en 1929/30 significaba para ambos países una importante cesura con numerosas consecuencias: En España, el dictador Miguel Primo de Rivera se retiró en enero de 1930; le sucedieron algunos gobiernos de corta vida y faltos de concepción (política), cuyo fracaso se reflejó en el éxito electoral de las fuerzas republicanas en abril de 1931. España se convirtió en una república, dando comienzo así a una de las fases más turbulentas de su historia contemporánea. – En Alemania, la ruptura de la Gran Coalición en marzo de 1930 anunció el inicio de la fase de gobiernos «presidencialistas» que iría acompañada de una crisis coyuntural de una intensidad hasta el momento desconocida con profundas consecuencias económicas y sociales. El nombramiento de Hitler como Canciller en 1933 selló el fin de la República de Weimar.

La renuncia de Primo de Rivera creó cierta preocupación en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, debido a sus buenas relaciones con el dictador, gracias a las cuales había conseguido anteriormente imponer sus ideas en determinados asuntos. En 1925 el Ministro de Asuntos Exteriores Gustav Stresemann anunció en el Parlamento (*Reichstag*): «Nuestras relaciones con España se caracterizan por una amistad no perturbada desde hace siglos con dicho país, del cual no nos separan contradicciones políticas de ninguna índole, al que nos unen numerosos intereses culturales.»³ Pese a que recientemente se ha podido demostrar que las relaciones recíprocas no podrían clasificarse de «amistad imperturbable», sino que más bien numerosas disputas en torno

³ Sepasgosarian, Ramin Alexander (1993): *Eine ungetrübte Freundschaft? Deutschland und Spanien 1918 - 1933*. Saarbrücken, p. 1.

a un tratado comercial y la obtención de un escaño permanente en la Sociedad de Naciones ocasionaron grandes fricciones en las relaciones entre ambos países, tampoco puede hablarse de unas relaciones «especialmente problemáticas». El momento más tirante en la relación entre ambos países surgió a partir de 1923: Cuando en aquel año el General Primo de Rivera abolió la Constitución mediante la instauración de un Directorio Militar, España perdió muchas de las simpatías de las que gozaba en Alemania, excepto entre las filas de derechas y el ejército. Además, las relaciones hispano-alemanas continuaron siendo tensas desde que en 1923/24 se fuese desplazando la posición internacional de ambos estados. «Mientras que España realizaba esfuerzos desesperados por mantener su peso político dentro del círculo de los estados europeos, ganado durante la guerra mediante su incorporación a los países miembros permanentes de la Sociedad de Naciones, para demostrar de este modo su peso a escala mundial, Alemania procuraba obtener del mismo modo su rehabilitación como gran potencia. En el escenario de Ginebra, Madrid y Berlín aparecerían como acérrimos competidores, de entre los cuales Alemania finalmente se impondría victoriosa.»⁴ En el aspecto económico se desarrolló por el contrario una relación de confianza en la segunda mitad de los años veinte, la cual se atribuye a la amistad personal del Cónsul alemán Conde Welczeck con el rey Alfonso XIII y el dictador Primo de Rivera. El tratado comercial entre ambos países protegía a la agricultura alemana contra importaciones que pudiesen hacerle competencia, sin por ello excluir el mercado alemán a los productos agrícolas españoles más importantes, permitiendo a su vez un aumento de las importaciones industriales alemanas por parte española. Todo ello contribuyó a crear una atmósfera más distendida entre ambos estados.

Bajo los sucesores de Primo de Rivera tuvo lugar un claro enfriamiento en las relaciones hispano-alemanas. Once meses tras la retirada del dictador, el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán comentaba: «Tras la retirada de Primo de Rivera, lamentablemente se ha hecho patente una creciente tirantez en la postura española con respecto a

⁴ Volkman, Hans-Erich (1976): «Politik und ökonomisches Interesse in den Beziehungen der Weimarer Republik zum Königreich Spanien», en: Benz, Wolfgang et alii (eds.): *Aspekte deutscher Außenpolitik im 20. Jahrhundert. Aufsätze Hans Rothfels zum Gedächtnis*, Stuttgart, pp. 41-67, cita p. 49.

nosotros durante las negociaciones sobre cuestiones concretas. Si durante el período de la dictadura por parte española se hizo frente a los temas más delicados con un espíritu de deferencia, ahora incluso en los asuntos más banales se ponen obstáculos en nuestro camino.»⁵ La instauración de la Segunda República Española tampoco trajo consigo mejora alguna en las relaciones, pese a que ambos estados eran ahora repúblicas democrático-parlamentarias y que en cuanto al tipo de sistema estaban más cerca de lo que estuviesen en su momento la monarquía dictatorial española y la República de Weimar; es más, la importancia de las relaciones mermaba de forma continua, mientras que al mismo tiempo, las diferencias de naturaleza comercial crecían después de que el gobierno español, sobre el trasfondo de la crisis económica mundial, limitase el cupo de importaciones. A pesar de que estos cupos afectasen principalmente a las importaciones francesas y latinoamericanas, dieron motivo al gobierno del Reich a alzar sus protestas por supuesto perjuicio; el bando español, por su parte, se opuso a la práctica alemana de la asignación de divisas. Hasta el momento en que Hitler se hizo con el poder, puede decirse que las relaciones económicas entre ambos países no hacían sino empeorar.

A diferencia de otros países, en el caso de España no existe hasta hoy ningún estudio detallado sobre la reacción de la opinión pública de este país frente a la toma de poder nacionalsocialista. También la influencia recíproca entre el nacionalsocialismo y el fascismo español ha sido tratada por los investigadores de forma negligente.⁶ En aquellas ocasiones en que fueron estudiadas las relaciones hispano-alemanas en la primera mitad de los años treinta, éstas se entendían primordialmente como historia previa a la Guerra Civil. Angel Viñas,⁷ por ejemplo, centra su interés en las relaciones diplomáticas entre ambos países antes de 1936,

⁵ Nota del Consejero de Legación von Heeren, 6.12. 1930, en: *Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik* (ADAP) (1982), Göttingen (Serie B, tomo XVI, doc. 96), pp. 246 s.

⁶ Ver Schop Soler, Ana Maria (1975): «Spanischer Faschismus und deutscher Nationalsozialismus 1933-34», en: Hütter, Joachim et alii (eds.): *Tradition und Neubeginn*, Köln, pp. 419-429; Wippermann, Wolfgang (1983): *Europäischer Faschismus im Vergleich 1922 - 1982*, Frankfurt am Main, pp. 109-124.

⁷ Viñas, Angel (1977): *La Alemania nazi y el 18 de julio. Antecedentes de la intervención alemana en la guerra civil española*, Madrid.

considerando principalmente la importancia de éstas para la posterior decisión de Hitler de intervenir en la Guerra Civil. En cuanto a la época de la Segunda República, Viñas constató por una parte la continuación de las relaciones económicas y por otra, un enfriamiento condicionado por un giro en la política interna en Alemania. El distanciamiento entre el gobierno del Reich alemán y el gobierno de Madrid era mayor de lo que la mayoría de las interpretaciones dejaba entrever:

Según Juan Carlos Pereira, el nombramiento de Hitler como Canciller del Reich y la disolución de la República de Weimar fueron acogidos en España con «indiferencia total».⁸ Aunque sin lugar a duda, la derecha española acogió con gran satisfacción el cambio de gobierno alemán el día 30 de enero de 1933. María Semolinos ha puesto de relieve en su estudio sobre la prensa de la Segunda República, que la prensa española de derechas se hizo eco de la designación de Hitler como Canciller con una acogida mayoritariamente positiva, pese a ciertas imponderabilidades, como por ejemplo, la posibilidad de una nueva guerra o una postura un tanto incierta por parte de Hitler en cuanto al catolicismo alemán.⁹ En los tiempos que habrían de sucederse, las distintas fuerzas políticas experimentaron un rápido cambio de percepción: La izquierda contemplaba con cada vez mayor inquietud la evolución en el Norte, la derecha se acercaba ideológicamente cada vez más a regímenes no-democráticos; se produjo así una polarización y al mismo tiempo una radicalización de las fuerzas políticas en España.

El embajador español en Berlín en el momento de la toma del poder por Hitler era Luis Araquistáin, un político socialista de izquierdas, que sin duda se contaba entre los más inteligentes observadores de la escena política europea de aquellos años.¹⁰ Inmediatamente después de la toma del poder por Hitler, Araquistáin fue citado al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, donde el Ministro Konstantin von Neurath le expuso las quejas alemanas sobre el supuesto comportamiento «poco amistoso» brindado por España frente al nuevo gobierno alemán. Ya anteriormente

⁸ Pereira, Juan Carlos (1983): *Introducción al estudio de la política exterior de España (siglos XIX y XX)*, Madrid, p. 163.

⁹ Semolinos, María (1985): *Hitler y la prensa de la IIª República española*, Madrid.

¹⁰ Véase Bizcarrondo, Marta (1975): *Araquistáin y la crisis socialista en la IIª República. Leviatán (1934 - 1936)*, Madrid.

el gobierno del Reich había protestado oficialmente contra la postura «hostil» de España frente al nuevo gobierno de Berlín, lo que dio pie a fuertes ataques de la prensa conservadora española contra la persona de Luis Araquistáin. Neurath insistía ante todo en los ataques a consulados alemanes en España y la postura negativa de la prensa española frente al régimen de Berlín. Araquistáin por su parte objetaba a Neurath que la propaganda y las acciones procedentes de las organizaciones nacionalsocialistas en España habían alcanzado ya unas dimensiones clasificadas de provocadoras.¹¹

La entrevista del embajador español con Neurath reflejaba las crecientes tensiones entre ambos países en la primavera de 1933. Estas no cederían hasta que tuvo lugar el cambio de gobierno en España en otoño de ese mismo año, y este nuevo gobierno conservador enviara a otro embajador a Berlín.¹²

Durante el *bienio negro*, la segunda fase de la República (1934 - 1936) de carácter conservador-reaccionario, regida por la coalición gubernamental de los republicanos radicales de Alejandro Lerroux con la CEDA de José María Gil Robles, se registró cierto acercamiento de

¹¹ Véase Ostermann, Roland (1990): *Faschismus und Sozialismus. Luis Araquistáin, der Zusammenbruch der Weimarer Republik und der Aufstieg des Nationalsozialismus*, Augsburg (manuscrito).

¹² En 1934 Herbert von Beckerath escribiría en la *Zeitschrift für Politik*: «Considerando la tendencia que procura reconstruir una nueva economía mundial parecida al antiguo sistema mundial dirigido por la cultura anglosajona, es obligación de todo pensamiento político y económico responsable, el considerar que al menos durante un período transitorio no puede crearse un orden económico mundial estable y que las relaciones internacionales, en primera instancia, se incorporan a la economía mundial unidas en un estrecho círculo, y posteriormente encuentran un equilibrio armónico entre ellas. En las disputas, tanto político-económicas como de poder, que acompañarán a la concentración, que se convertirá de seguro en necesaria, y la reorganización interna del espacio continental europeo y sus anexos coloniales, será de gran importancia para Alemania poder contar con la comunión de intereses y concepciones, no sólo entre los estados germanos, sino también entre los románicos. Por el momento, esta comunidad únicamente tiene lugar oficialmente con Italia. Entre España y Alemania por el contrario se encuentra un abismo, abierto por la revolución de ambos pueblos. El que este abismo se base en las concepciones personales entre la ideología y la formación intelectual de sus gentes, que hoy en día dirigen España y Alemania, no puede ser negado.» Beckerath, Herbert von: «Spanien und Deutschland», en: *Zeitschrift für Politik* 23, No. 4 (1934), pp. 217 s.

España al Tercer Reich, el cual, sin embargo, se estancó rápidamente y finalizó con el triunfo electoral del Frente Popular en febrero de 1936.¹³ En torno a las visitas a Alemania de españoles más o menos prominentes de las filas de derechas –como la de José Antonio Primo de Rivera (primavera de 1934) o José María Gil Robles (otoño 1934)– surgirían más tarde múltiples leyendas; pero su importancia política era ínfima. Al fin y al cabo, España no jugó papel alguno en el pensamiento político e ideológico de Hitler previo a 1936. La postura positiva de los derechistas españoles frente al sistema nacionalsocialista era totalmente independiente de ello:

En septiembre de 1935 el conservador embajador español en Berlín, Francisco Agramonte, en un detallado informe sobre la Asamblea del Partido nazi en Nuremberg, daba cuenta muy elogiosamente de la situación en la Alemania nacionalsocialista.¹⁴ Las simpatías profesadas hacia la Alemania supuestamente pacífica y pacificada eran evidentes. Los corresponsales y comentaristas de periódicos conservadores españoles como *El Debate* o *ABC* hablaban del nacionalsocialismo como «modelo» para la República Española, dirigida desde diciembre de 1933 por un gobierno conservador. Las relaciones de hecho entre ambos países continuaron siendo prácticamente insignificantes. Esto cambiaría súbitamente con el estallido de la Guerra Civil.

El análisis de Araquistáin desde Berlín

Luis Araquistáin era diputado a Cortes por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) a partir de 1931. El 17 de marzo de 1932 fue nombrado embajador español en Berlín.¹⁵ Después de Américo Castro fue, pues, el segundo representante oficial de la República Española en Alemania. Con su decidido empeño por la instauración de la República

¹³ Véase Viñas: *Alemania* (nota 7), pp. 122 ss.

¹⁴ Véase Ostermann: *Faschismus* (nota 11).

¹⁵ Sobre la vida y obra de Luis Araquistáin, cf. Bizcarrondo, Marta (1975): *Araquistáin y la crisis socialista en la II República. Leviatán (1934 - 1936)*. Madrid. Sobre la fase de formación intelectual y la génesis de su pensamiento político, cf. Morodo, Raúl (1982): *Por una sociedad democrática y progresista*, Madrid, pp. 57-73.

y su influencia en la elaboración de la Constitución, Araquistáin se había ganado mucho prestigio en círculos reformistas como intelectual de izquierdas y teórico de su partido. Además, pasaba como un excelente conocedor de la política y cultura alemanas.¹⁶ Su nombramiento como embajador español en Berlín se efectuó no solamente con la connivencia del gobierno republicano español, ante todo del Ministro de Asuntos Exteriores Luis de Zulueta, sino que también el gobierno alemán dio a entender que «vería con mucho gusto el nombramiento de Don Luis Araquistáin como Embajador de España en Berlín».¹⁷

Asumiendo su puesto de embajador, Luis Araquistáin fue uno de los testigos más importantes de la agonía de la República de Weimar. La impresión que causó el auge del nacionalsocialismo en este espectador, influenciaría su pensamiento político y en parte la política de su partido hasta finales de la Segunda Guerra Mundial.

Luis Araquistáin llegó a Berlín como embajador en uno de los momentos más críticos de la República de Weimar, cuando el número de parados había ascendido a casi seis millones, la situación de la población empeoraba a diario y la disposición al radicalismo político crecía. Durante más de un año, los despachos de Araquistáin se ocuparían ante todo de la crisis del sistema de Weimar y del auge del movimiento nacionalsocialista.

El desarrollo de los partidos favorecía al partido nazi como partido de masas, ante todo a partir de 1930, mientras que el partido socialdemócrata alemán (SPD) perdía masivamente votos, y los partidos liberales y conservadores de importancia «media» se fueron debilitando progresivamente. En las elecciones de abril de 1932 a la dieta de Prusia, los nazis conseguirían duplicar su número de votos (ahora ocho millones), mientras que los partidos burgueses seguían perdiendo puntos. Araquistáin comentaría este proceso con las palabras: «Lo que ante todo resalta en esas cifras son dos hechos: primero, el enorme crecimiento del partido nacionalsocialista [...]; segundo, la tremenda derrota de los partidos de

¹⁶ Luis Araquistáin ya había trabajado durante la Primera Guerra Mundial como corresponsal de diarios madrileños en Berlín.

¹⁷ El Encargado de Comercio Dupuy de Lôme al Secretario de Estado Gómez Ocerín en el madrileño Ministerio de Asuntos Exteriores. Cf.: *Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores* (AMAE), Leg. 325/22825.

tipo liberal y progresista.»¹⁸ El debilitamiento de los partidos liberales y democráticos conduciría a una «concentración de la opinión pública en grandes núcleos políticos» (ibid.). Este desarrollo iría agudizándose en las elecciones generales de julio de 1932. Ahora, el partido nacionalsocialista (la NSDAP) tenía 230 diputados, formando la fracción más fuerte del parlamento alemán (*Reichstag*). Araquistáin constataba que el crecimiento nazi tenía lugar a costa del centro político; pronosticaba: «Si sigue creciendo, será, como hasta ahora, a costa de los partidos medios de tipo liberal y democrático, los cuales están llamados a desaparecer.»¹⁹

En vista de una mayoría parlamentaria «negativa» de los partidos que no estaban dispuestos a formar una coalición y, por ende, un gobierno parlamentario, Araquistáin pensaba en una solución presidencial o autoritaria, en todo caso pseudoparlamentaria, del conflicto. Para el embajador, el mal mayor de la irresoluble situación política radicaba en la situación de empate en la lucha por mayorías gubernamentales. No cabía duda de que la tendencia iba hacia el establecimiento de un sistema presidencialista con métodos autoritarios. En junio de 1932 escribía: «Lo cierto es que en estos últimos años y singularmente en el período de Brüning, el régimen político alemán tiende a ser cada día menos parlamentario y más personal o presidencial.»²⁰

Desde la caída de Brüning (30-V-1932), Araquistáin estaba convencido de una creciente «afirmación del sistema presidencialista» como reverso de la «crisis del régimen parlamentario». El veía el peligro, reinante desde el comienzo del gobierno Brüning, de una centralización del poder estatal. El mal uso de facultades parlamentarias significaba, en opinión del teórico español, un paso decisivo hacia la abolición del parlamento y del sistema de gobierno parlamentario. La responsabilidad de la deplorable situación del estado de Weimar recaía, según Araquistáin, en el extremismo político de la izquierda y la derecha y en el fracaso del

¹⁸ Despacho del 26-IV-1932, p. 1: AMAE, Leg. R. 717, Exp. 33/3, cita apud Ostermann, p. 22. Esta cita así como todas las demás de Luis Araquistáin se efectúa según el texto de los despachos de Araquistáin, reproducidos íntegramente en el trabajo de Ostermann, Roland (1990): *Faschismus und Sozialismus. Luis Araquistáin, der Zusammenbruch der Weimarer Republik und der Aufstieg des Nationalsozialismus*, Tesina no publicada, Augsburg.

¹⁹ Despacho del 2-VIII-1932: AMAE, Leg. R. 717 Exp. 33/15, p. 2.

²⁰ Despacho del 2-VI-1932: AMAE, Leg. R. 717 Exp. 33/5, p. 7.

Estado de partidos, no en la Constitución. La culpa del paulatino final del sistema parlamentario la tenían –junto al presidente Hindenburg y la oposición extra y antiparlamentaria– también los partidos democráticos por su tolerancia frente a la oposición radical. En el fondo, la situación política se le presentaba a Araquistáin irresoluble. En diciembre de 1932 escribía: «En estas circunstancias, no puede haber solución duradera a la crisis dentro de la Constitución vigente o mientras las fuerzas políticas no opten decisivamente por el parlamentarismo o por una dictadura.»²¹

En verano de 1932, consideraba el consenso democrático y social de la República de Weimar destruido. El embajador veía las causas de este desarrollo en la compleja interrelación entre la deslegitimación del estado democrático de derecho y la postura antiparlamentaria de la oposición al sistema de estado democrático: «La fórmula del Estado de partidos y de gobierno parlamentario resulta prácticamente inservible. Esta es la quiebra más espontánea y notoria del régimen de democracia parlamentaria.»²²

Con respecto a la NSDAP, desde las elecciones a la presidencia de la República, el 10 de abril de 1932, en las que Hitler obtuvo 13,4 millones de votos, Araquistáin hablaba de una «victoria moral» de Hitler; como consecuencia de esas elecciones preveía:

«1. una debilitación interna de ese movimiento al centralizarse las fuerzas contradictorias e irreconciliables –nacionalistas y comunistas– que se le han sumado y acaso una escisión [...] y 2. un alejamiento del peligro de un putsch, de un golpe de Estado, al crecer la esperanza de llegar al poder por vía legal.»²³

Además, añadía: «Veo un signo relativamente favorable en el desarrollo prodigioso del movimiento nacionalsocialista.» Veía en el nacionalsocialismo los gérmenes de un nacional-bolchevismo (que quedaba indefinido, por cierto), y estaba convencido de que la gran masa de los prosélitos de Hitler eran gente joven sin trabajo. Más tarde incluía entre los seguidores de Hitler a la oficialidad retirada del antiguo ejército,

²¹ Despacho del 5-XII-1932: AMAE, Leg. R. 717 Exp. 33/7, p. 3.

²² Despacho del -VIII-1932: AMAE, Leg. R. 717 Exp. 33/7, p. 6 y s.

²³ Carta a Luis de Zulueta, del 13-IV-1932: AMAE, Leg. R. 717 Exp. 33/7, p. 2.

a monárquicos, campesinos abrumados por impuestos y la gran industria.²⁴

La interpretación de Araquistáin de las bases sociales del nacionalsocialismo se caracterizaba por dos constantes: Por un lado, veía en la NSDAP un resultado directo de la derrota militar de 1918; por otro, el núcleo del movimiento estaba formado por jóvenes en paro. En estos fenómenos el embajador veía la causa principal del radicalismo político de la NSDAP. Como «motivo central» del movimiento nazi identificó la «liquidación de las reparaciones». Y proseguía: «En esto Hitler no sólo representa a sus millones de electores, sino a casi todos los alemanes.»²⁵

Araquistáin estaba convencido de que el nacionalsocialismo «decaería» rápidamente, si en la inminente Conferencia de Lausana se eliminaran las reparaciones alemanas. Fue uno de los errores del embajador creer que «la clave última de la política interior de Alemania» estaba «más allá de sus fronteras».

En el fondo, la interpretación de Araquistáin era el reflejo contemporáneo de la «política de cumplimiento» del gobierno Brüning. Este hacía todo lo posible por cumplir con los pagos fijados en el Tratado de Versalles, incluso adoptando medidas deflacionarias (como limitación de gastos, recorte de salarios de funcionarios, etc.) y aceptando la creciente radicalización política como consecuencia de la cada vez más intensa crisis económica. La imagen que Brüning pretendía dar (y que Araquistáin asumió como suya) era que la crisis socioeconómica resultaba directamente del dictado de Versalles.

Araquistáin identificaba, en primavera de 1932, como verdadero peligro del nacionalsocialismo su intención política de llegar a una revisión del Tratado de Versalles, incluso –si fuera necesario– por medios militares. El embajador modificaría sustancialmente su interpretación en junio y julio del mismo año. A pesar del éxito de la Conferencia de Lausana, el pronosticado debilitamiento de la NSDAP no había tenido lugar. Más bien, con la crisis y la caída del gobierno Brüning se intensificó la agitación de la oposición al sistema de Weimar, y paralelamente a la desintegración del sistema parlamentario creció la hegemonía política del partido nazi. Con respecto a una posible solución de la crisis de la

²⁴ Despacho del 26-IV-1932: *ibid.*, p. 5.

²⁵ Despacho del 26-IV-1932: *ibid.*, p. 5 y s.

República de Weimar, en junio de 1932 Araquistáin se mostraba convencido de la necesidad de dejar participar a los nazis en el gobierno. Escribía: «No hay duda que el partido nacionalsocialista es, electoralmente, el más fuerte del país [...] No cabe duda asimismo que lo político es permitirle ejercer su fuerza con responsabilidad y a la luz del día, es decir, facilitarle el acceso al poder, para que gobierne con todas sus consecuencias.»²⁶

La postura de Araquistáin frente a un posible gobierno formado por Hitler era ambivalente. Por un lado, el embajador defendía el principio de legitimación y representación democráticas; y por otro, reconocía el peligro de su perversión. La negativa de Hitler de formar parte de un gobierno «presidencial» que no fuera dirigido por él era un claro indicio de que pretendía abolir el sistema parlamentario.

El nombramiento de Hitler como canciller, el 30 de enero de 1933, no fue una sorpresa para el embajador español: «El llamamiento de Hitler al poder era un hecho inevitable, que había de producirse un día u otro fatalmente, un experimento que no se podía eludir ya, aun a costa de grandes riesgos.»²⁷ A pesar de la victoria electoral del 5 de marzo de 1933 –victoria conseguida por terror e intimidación–, Araquistáin seguía creyendo que el nacionalsocialismo fracasaría. Estaba convencido de que la coalición entre la NSDAP y la conservadora *Deutschnationale Volkspartei* (DNVP), a causa de sus antagonismos internos, no tenía futuro; y además, el gobierno no lograría eliminar el paro masivo, ya que éste se debía a la creciente tecnificación y racionalización. En el fondo, y a pesar de haber reconocido el peligro nazi, la argumentación de Araquistáin era legalista: «Desde un punto de vista del régimen parlamentario, es un bien que el bloque gubernamental haya logrado mayoría absoluta: esto le hará innecesario salirse de la esfera legal. Puede, sí, reformar la Constitución, y seguramente lo hará, pero no será lo mismo que si la hubieran abolido mediante un golpe de Estado, erigiéndose en franca dictadura minoritaria. Ello quiere decir que la lucha política seguirá desarrollándose en un plano constitucional, es decir, en un régimen de responsabilidad y limitación de poderes.»²⁸

²⁶ Despacho del 2-VI-1932: *ibid.*, p. 4.

²⁷ Despacho del 3-II-1933: AMAE, Leg. R. 717 Exp. 35/1, p. 2.

²⁸ Despacho del 7-V-1933: *ibid.*, p. 6.

Indudablemente, Araquistáin reducía la amenaza nazi, la infravaloraba claramente. Ello podría explicarse con varios argumentos: Por un lado, para el embajador español el nacionalsocialismo carecía de una tradición histórica. Por otro lado, la dinámica política del movimiento nazi resultaba de la existencia de conflictos concretos en el sistema de Weimar (como eran reparaciones, crisis económica, paro); por lo tanto, haciendo desaparecer las crisis, también desaparecería el nazismo. Además, el análisis del embajador del movimiento nazi era un tanto confuso, ya que le atribuía características tanto nacionalistas como comunistas suponiendo que, en el momento de formar gobierno la NSDAP, estas tendencias antagonistas se neutralizarían. Otro aspecto importante era que Araquistáin no identificaba una programática e ideología claras en el nacionalsocialismo, aparte de la revisión del Tratado de Versalles. El nombramiento de Hitler como canciller no significaba, pues, para Araquistáin una cesura, sino que formaba parte de la lógica del desarrollo del sistema de Weimar y era una continuación de la crisis.

Resumiendo: Araquistáin infravaloraba el riesgo de un gobierno Hitler, ya que estaba convencido de que fracasaría debido a las contradicciones inherentes al movimiento nazi y a la falta de orientación programática.

A principios de marzo de 1933, Araquistáin fue citado al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán donde el Ministro Konstantin von Neurath le presentó «quejas sobre la conducta poco amistosa que se ha venido observando recientemente en España respecto de Alemania».²⁹ Ya antes, el gobierno alemán había protestado oficialmente contra la crítica postura española frente al nuevo gobierno de Berlín.

La entrevista del embajador español con el ministro alemán deja entrever las crecientes tensiones entre los dos lados. El siguiente y último despacho de Araquistáin ya era mucho más crítico que todos los anteriores. Ante todo, resaltaba el antisemitismo de los nazis: «El antisemitismo del partido nacionalsocialista es de tal naturaleza, que el exterminio de la población judía alemana, si se sigue en el rumbo de hoy, será inevitable en un plazo más o menos largo.»³⁰ Pero aún así: El peligro de una dictadura nazi provenía, según el embajador, de la crisis de Estado y del

²⁹ Carta a Zulueta del 10-III-1933: AMAE, Leg. R 520 Exp. 5/3.

³⁰ Despacho del 3-IV-1933: AMAE, Leg. R 717 Exp. 31/1, p. 3.

sistema de la República de Weimar, y no de la ideología específica del movimiento nazi.

«Lecciones» alemanas para España

Tras el regreso de Araquistáin a España, en mayo de 1933, fascismo y socialismo serían los principales puntos de referencia en el debate del intelectual socialista. En este debate, Araquistáin se basaba ante todo en sus experiencias berlinesas. Entre otros factores, resaltaba el fracaso de los obreros al no defenderse bastante frente al fascismo (alemán): «Si el proletariado no contribuye al sostenimiento de un capitalismo que se desmorona y organiza su defensa por cuantos medios sean necesarios, el fascismo no prosperará. Sólo prospera allí donde el proletariado no ha comprendido su destino histórico.»³¹

Incluso un año después de la toma del poder por Hitler, Araquistáin seguía equivocado en cuanto a muchos aspectos del nacionalsocialismo. Veía en Hitler un instrumento del capitalismo, y estaba convencido de que «le despedirán en cualquier momento las oligarquías capitalistas».³² Todavía en 1935 no veía sustancia ideológica en el nacionalsocialismo, sino que seguía explicándolo básicamente con el deseo de revisionismo de Versalles, mutado entretanto a un expansionismo agresivo. Antisemitismo y antimarxismo sólo tenían una función legitimadora.

Había, en la visión de Araquistáin, una íntima conexión entre el análisis del fascismo y el del socialismo. Para él, así como para muchos socialistas, el socialismo era una poderosa barrera frente a la implantación del fascismo. Con respecto a las elecciones de julio de 1932 en Alemania, se podía leer en *El Socialista*, el órgano oficial del PSOE: «El socialismo [SPD] es hoy en día, quieran que no los demás partidos, la más sólida garantía internacional de la democracia republicana.»³³ Y todavía después de la toma del poder por Hitler, *El Socialista* insis-

³¹ Araquistáin, Luis (1980): «Condotieros y Fascistas», en: *Leviatán* 2/6-1934. Reimpreso en: idem: «Marxismo y Socialismo en España», Madrid, pp. 189-197, cita p. 194.

³² *Ibid.*, p. 210.

³³ *El Socialista*, 22-VII-1932 (Editorial).

tía en su postura legalista y victoriosa: «Puede afirmarse que de no producirse de aquí a marzo el golpe de Estado, de haber elecciones, el nacionalsocialismo habrá perdido definitivamente la batalla [...] Por cualquier camino Hitler va al fracaso.»³⁴

La confianza en la propia fuerza era más fuerte que todos los temores de una victoria nacionalsocialista.

La rápida agonía y el ocaso de la socialdemocracia weimariana asustaron profundamente a Araquistáin, reduciendo drásticamente su autoconfianza en las facultades de resistencia de los socialistas. La pérdida de votos por parte de los socialdemócratas alemanes, en las elecciones de julio de 1932, fue interpretada por el embajador español como consecuencia de «la política de coaliciones y transacciones» de la SPD. El debilitamiento de la socialdemocracia alemana era un desarrollo estructural (no meramente nacional), y por eso debía ser tenido en cuenta también en España: «La experiencia del partido socialista alemán, paralela a la del partido laborista inglés y a la de otros partidos socialistas, gobernando unos en coalición y otros minoritariamente, ha de influir seguramente en la revisión de una táctica política que, en todos los países donde se ha ensayado prolongadamente, no ha fortalecido la organización socialista.»³⁵

La consecuencia de esta interpretación estaba clara: La política socialdemócrata de coaliciones parlamentarias encaminada hacia un reformismo democrático era equivocada. Esta política había eliminado el carácter clasista de los partidos socialistas, haciéndolos vulnerables tanto desde la derecha como desde la izquierda. Por lo tanto, el peligro fascista obligaba a los socialistas a una reorientación y un antifascismo decidido – y eso ante todo en vista de las elecciones a Cortes de diciembre de 1933, en los que la derecha volvió a cobrar fuerza parlamentaria.

A finales de 1933, Araquistáin criticaba la «interpretación equivocada del fascismo» por parte de la SPD,³⁶ que creía que el fascismo sería un breve «interludio» al que seguiría la dictadura del proletariado. La estrategia contra el fascismo no podía consistir en pasividad, sino en una activa estrategia revolucionaria: «La concepción de que el fascismo es

³⁴ *El Socialista*, 2-II-1933 (Editorial).

³⁵ Despacho del 2-VIII.1932: *ibid.*, p. 4.

³⁶ Cf. Araquistáin, Luis (1933): *El derrumbamiento del socialismo alemán*, Madrid.

algo inevitable, aunque efímero, además de peligrosa, es falsa. Será inevitable allí donde el socialismo no sea revolucionario.»³⁷

El revisionismo de la socialdemocracia alemana era equivocado. No se podía cambiar el sistema capitalista poco a poco, por vía parlamentaria, sino únicamente por medio de una revolución. Su crítica culminaba en el reproche: «La presencia y el triunfo brutal del fascismo germánico han sido sólo posibles por la táctica antisocialista, antirrevolucionaria, de los socialistas alemanes.»³⁸ No cabía, pues, duda sobre la intención de Araquistáin: Quería convencer al público español de que en vista de la lección histórica de Weimar el experimento de una democracia parlamentaria como primera fase para crear un orden socialista, había fracasado. La política reformista era expresión de un marxismo mal interpretado. La creencia en una república burguesa y parlamentaria no conduciría a las necesarias reformas estructurales, sino que más bien las impediría.

Más tarde, durante la Segunda Guerra Mundial, la crítica de Araquistáin a los obreros alemanes sería más tajante y absoluta todavía: «Los obreros alemanes tuvieron la obligación de ser policías encargados de detener en su carrera a Hitler cuando éste disponía de menos fuerza que ellos. En vez de eso se dejaron avasallar por él con una abdicación tan absoluta de su inmenso poder como hay pocos ejemplos en la historia.»³⁹

El que el movimiento obrero alemán y concretamente la SPD, no hubiera sido capaz de impedir la dictadura de Hitler, para Araquistáin era sintomático de la incapacidad colectiva de los alemanes de practicar democracia y pacifismo. Su conclusión era que el pueblo alemán en su totalidad era responsable de la política inhumana de los nazis.

Las críticas de Araquistáin de los años 1933 y 1934 perseguían una decidida meta de política interior: debían preparar a los socialistas españoles al cambio político del socialismo español que—tras el fracaso de la coalición del «bienio de reformas»— desde finales de 1933 formaba la oposición parlamentaria y viviría un visible proceso de radicalización. La «nueva táctica» del PSOE no iba dirigida contra un peligro fascista concreto (inexistente por aquel entonces en España), sino que resultaba

³⁷ Ibid., p. 9.

³⁸ Ibid., p. 10.

³⁹ Luis Araquistáin, *La culpa de los alemanes*: AHN-FA, Leg. 46/C. 79.

del fracaso de las reformas de los dos años precedentes y reflejaba, al mismo tiempo, la polarización entre comunismo y fascismo.

En perspectiva histórica, la adjudicación de culpa a la SPD por parte de Araquistáin es errónea o, por lo menos, muy discutible. La historiografía más reciente, como p.ej. Heinrich August Winkler en su extensa historia del movimiento obrero alemán,⁴⁰ afirma que la SPD no era, en la fase final de la República de Weimar, demasiado reformista, sino demasiado clasista. El programa del partido de Heidelberg, de 1925, había acentuado un «auto-encierro ideológico» de manera que la SPD fue menos atractiva como partido de coalición para corrientes burguesas. Pero independientemente de esta cuestión, la historiografía de las últimas décadas ha dado múltiples respuestas diferentes a la pregunta por las causas del fracaso de la República de Weimar. El carácter y comportamiento político de la SPD es, a lo sumo, un factor –y seguramente no el más importante– en el complejo entramado que llevaría al final de la primera democracia alemana.

⁴⁰ Winkler, Heinrich August (1987): *Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik*. Tomo 3: *Der Weg in die Katastrophe 1930 - 1933*. Berlin/Bonn.